

A LOS JOVENES: UN IDEAL.

Después de no pocas dudas y vacilaciones suscitadas en mi interior, me decido a escribir en las páginas de Galatea, con el propósito de participaros una serie de consideraciones e ideas, naturalmente de una forma subjetiva, acerca de varios temas de tipo moral, que son fundamentales en la formación de cualquier persona, pero sobre todo, para vosotros jóvenes que os encontráis en la etapa más decisiva de vuestra vida, pues en ella se forma casi definitivamente la personalidad, carácter y moralidad futura de cada uno.

Lo que ha despertado en mí esta inquietud, ha sido el recuerdo de mi propia adolescencia y juventud, donde estos temas que son mi intención comentar en éste y sucesivos números, como la responsabilidad, la libertad, la personalidad y otros, me ayudaron a clarificar los principios de mi comportamiento en el futuro. Así pues, mi deseo es conseguir exponeros los temas aludidos con claridad y despertaros el interés por ellos.

Una vez hecha la introducción que consideraba necesaria, hablaré del tema que he elegido hoy: UN IDEAL.

En primer lugar trataré de definir lo que entiendo por un Ideal, aunque la definición de estos conceptos, siempre entraña para mí grandes dificultades. Es aquello que se encuentra por encima de cualquier escala de valores en el lugar más elevado, y hacia donde se deben encaminar todos nuestros esfuerzos por aproximarnos cuanto podamos. Es un algo abstracto, que nos debe servir de norte, de guía, de punto de referencia, de estímulo y de todo lo que queráis añadir, para que incida en nuestra superación espiritual y personal. También podemos decir, que es la perfección en la idea que concebimos de cada concepto, cosa o ser.

Cualquier persona que pretende comenzar un trabajo, una carrera u otro proyecto, necesita antes de iniciarlo fijarse una meta a alcanzar. De esa manera, el tiempo y los medios a emplear estarán enfocados a conseguir el objetivo previsto.

Así, nosotros también necesitamos conocer nuestro Ideal a fin de poner en marcha la capacidad de inteligencia y voluntad que poseemos en potencia, dirigida, paulatina pero decididamente, a la consecución del mismo. Para ello, debemos plantearnos seriamente la elección de nuestro Ideal. Seguramente no nos resultará fácil concretarlo del todo, ya que se trata, digo al comienzo, de algo impersonal, pero sí lo bastante como para imaginarlo y esbozarlo en su conjunto.

Podemos descubrir el Ideal en cada pájaro, en cada flor, en el chico o chica que antes o después buscaremos con anhelo y que formará nuestra pareja, en el estudio, en el trabajo, y en todo lo que forma nuestro mundo. Fijado en nuestro interior el Ideal, nada nos producirá mayor felicidad que servirle por completo; traicionarle nos hará sentir lo contrario, porque será como actuar contra nuestras propias convicciones.

El Ideal tiene como condición, que nunca puede ser egoísta, sino generoso y abierto a los demás, intentando proyectar al Mundo ideas y hechos basados en lo Bueno, lo Justo y lo Bello. Cabe también el riesgo de caer en lo utópico y no darnos cuenta del mundo real que nos rodea, flotando en una nebulosa aislada de los demás.

A veces puede confundirse un proyecto más o menos noble con un Ideal, y en realidad es distinto. El proyecto alcanzado nos puede proporcionar alegría, satisfacción, pero éstas son relativas y pasajeras, según las características y circunstancias del logro conseguido. En cambio, el Ideal da felicidad incluso sin que logremos alcanzarlo, sólo con esforzarnos. En la alegría se excluye el dolor, mientras que la felicidad es compatible